

# Ramón López Velarde: lance de inquietud en una historia de trémulas páginas

JESÚS FRANCISCO CONDE DE ARRIAGA | EDITOR DE LA REVISTA CASA DEL TIEMPO

## Resumen

La obra poética de Ramón López Velarde transita del erotismo a la memoria y de la nostalgia al dolor de la carne que dejó una huella profunda en él. La provincia y la religiosidad no son, como se piensa usualmente, factores determinantes en su producción, son tan sólo un escenario construido en donde su poesía transita para dar cabida a una adjetivación inusitada y una visión propia del mundo y de su duda existencial.

## Abstract

The poetry of Ramón López Velarde transits from the eroticism to the memory and from the nostalgia to the pain of the flesh that left a deep impression on him. The province and religiosity are not, as is usually thought, determining factors in his poetry: they are just a scenario built around his poetry that harbors unusual adjectives and his own vision of the world and his existential doubt.

**Palabras clave:** Erotismo, profano, religiosidad, Jerez, siglo xx.

**Key words:** Eroticism, profanity, religiosity, Jerez, xx Century.

**Para citar este artículo:** Conde de Arriaga, Jesús Francisco. "Ramón López Velarde: lance de inquietud en una historia de trémulas páginas", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 46, semestre I de 2016. México, UAM-A, pp. 85-90.

**P**udiera ser Águeda en el paseo dominical, con su “contradictorio prestigio de almidón y de temible luto ceremonioso” quien guardara sus formas púberes bajo la tela negra, ofreciendo su pesar a Dios mientras se santificaba ante la mirada rapaz del poeta que la seguía desde el portón de su casa, merced a los pocos pasos que la separaban de la Parroquia. Y puede ser también aquella “señorita de nombre de flor”, a quien López Velarde quiere “en el tablero amarillo de la cosecha”, para ver su figura “urbanizada” galopando en un corcel, mientras la fatiga desordena y embellece su cabello —oscurísimo, imagino— que junto al carmín de sus mejillas orna la “tentación de su palidez”. También cabría en este cuadro la imagen de la mujer que va “entre todas, como un punto / negro que mancha el campo / detonante de sol: como un oscuro / guión esbelto y lejano...”, que en Enrique Fernández Ledesma se torna un punto de luz entre “las siluetas lugareñas / sabidas de memoria”, quizá: “la bienamada / presentida y encontrada / en el lejano confín / de una ilusión malograda”.<sup>1</sup> Sin duda es Fuensanta, “enlutada que un día de entusiasmo / soñé condecorar”. Es, quizá, todas y ninguna; es, sobre todo, una mujer en negro que se apropia del espacio y el terruño del poeta, formada en la temperatura de su época y su contexto, como lo vemos en los versos de Enrique Fernández Ledesma, contemporáneo y, además, también zacatecano, aunque este último de Pinos.

Si la imagen de Ramón López Velarde ha querido ser vista de manera irrenunciable entre un halo de sacristía y naranjos, baste pensar en uno de sus más conocidos poemas para saber que la religiosidad habitó en nuestro poeta de “épica sordina” —como lo describe Vicente Quirarte— del mismo modo que la provincia:

profana y profundísima, de ilusoria sencillez que envuelve una dualidad precisa: el cuerpo y el alma.

Mi madrina invitaba a mi prima Águeda  
a que pasara el día con nosotros,  
y mi prima llegaba  
con un contradictorio  
prestigio de almidón y de temible  
luto ceremonioso.

Águeda aparecía, resonante  
de almidón, y sus ojos  
verdes y sus mejillas rubicundas  
me protegían contra el pavoroso  
luto...

Yo era rapaz  
y conocía la o por lo redondo,  
y Águeda que tejía  
mansa y perseverante en el sonoro  
corredor, me causaba  
calosfríos ignotos...

(Creo que hasta la debo la costumbre  
heroicamente insana de hablar solo).

La escena que pareciera ser en una primera y descuidada lectura una simple enunciación de una tarde cualquiera en la casa familiar despierta un extrañamiento en el lector, primero, por la adjetivación sonora e inusitada del jerezano que acompaña sustantivos comunes y, sí, ordinarios: “contradictorio” califica a “prestigio”; “temible”, a “luto”, que también es acompañado de “pavoroso”, versos más adelante. Sin embargo, es la adjetivación en el último verso la que esplende de un modo todavía mayor a las anteriores citadas: “la costumbre” es “heroicamente insana”. El doble calificativo confiere

profundidad semántica al verso, propiciando una segunda lectura que revela un extrañamiento más: la adjetivación, sí, pero la presencia de la prima Águeda —mujer primera que provoca la urgencia del cuerpo, la que ha de descubrir en el púber poeta la sicalipsis de la carne— que nos lleva a terrenos siempre presentes a lo largo de la obra de López Velarde: un significado oculto subyace en la aparente modestia de sus versos y en la que esconde, en palabras de Xavier Villaurrutia, “la más atrevida tentativa de revelar el alma oculta de un hombre; de poner a flote las más sumergidas e inasibles angustias; de expresar los más vivos tormentos”.<sup>2</sup>

¿Y qué mayor tormento que el de la carne ya despierta sin alivio cercano?, ¿que el alma atendida por, precisamente, la angustia de saberse débil ante los “calosfríos ignotos” que la prima produce en el rapaz? Es ahí que la “heroicamente insana costumbre de hablar solo” adquiera significados que van más allá de la literalidad de la frase, pese a la adjetivación deslumbrante: la premura del cuerpo exige satisfacción, y en la lúbrica soledad es cuando se puede hablar, a solas, con Dios. Escribe López Velarde en *El son del corazón*:

Claroscuro de noche y de día;  
corazón y cabeza y hombría,  
los tres nudos que tiene mi ser  
a la buena y la mala mujer.

En mi pecho feliz no hubo cosa  
de cristal, terracota o madera,  
que abrazada por mí, no tuviera  
movimientos humanos de esposa.

Y es, una vez más, la pulsión erótica de Ramón enquistándose entre la apacible aunque feroz dignidad del misal, seña inequívoca de la an-

gustia que en el jerezano es llama creativa, que perdura en el tránsito vital del poeta y se refleja a lo largo de su obra. En *El minuterio*, López Velarde escribe: “Así me duele el mal cuando despeña al corazón en enigmas tan sórdidos como el de la virgen sepultada, que lo que negó al amante más esclarecido de rostro, de voluntad y de pensamiento, concédelo a la última bestia, a la que no alcanza ni una sospecha de la luz”.<sup>3</sup>

Ya Villaurrutia, en su ensayo de 1935 sobre el autor de *Zozobra*, había advertido que:

[...] sacramentos y misterios de la religión cristiana le sirven [a López Velarde] para hacer más excesivos los estados de un alma en que, con temperamento erótico, se abraza, indistintamente, de la mujer y de la religión. “[Una] virgen fue mi catecismo”, confiesa en *El son del corazón*.<sup>4</sup>

Si, como afirma Villaurrutia, “las llamas del purgatorio y del infierno de la mitología cristiana asoman sus lenguas de fuego en la poesía de López Velarde como en los cuadros de ánimas de las iglesias”,<sup>5</sup> éstas son una consecuencia de haber llevado en la mano, en sus primeros años, el misal de Lavalle y haberse consagrado desde joven a la protectora de Jerez, la Señora de la Soledad, y a que pese a los años y a su deambular, estas imágenes religiosas convivieron en amasiato con el derrumbe amoroso. Aunque, como bien menciona Vicente Quirarte en “Una mitología llamada López Velarde”, el erotismo autobiográfico “desaparece de escena [...] para dejarnos frente al monólogo del solitario que prefiere la llama de la imaginación a la ceniza de la consumación frustrada”.<sup>6</sup> Es decir, la contemplación, antes que la culminación del deseo; la memoria antes que el fuego nuevo;

el ideal vertido entre versos antes que la calma certera del lecho conyugal.

Y es aquí donde la Jerez de López Velarde adquiere relevancia. Si en *La sangre devota* aparecen ya Águeda en la casa familiar, las muchachas de “hechizos provincianos”, el “cielo cruel y la tierra colorada” de su tierra, Fuensanta sentada al piano o la “niña que una noche de baile [...] habló de sus deseos” junto a la iglesia católica con sus “oficios, símbolos y útiles [que sirvieron] a Ramón López Velarde para alcanzar la expresión de sus íntimas y secretas intuiciones”,<sup>7</sup> la disociación de la mujer y su lugar natal se vuelve imposible. En cada evocación de Fuensanta en la casa vetusta de los abuelos, de la “flor del terruño” de quien aspiró la “quintaescencia de su espalda leve”, o las palomas que salen del “esbelto campanario” para recibir a los visitantes se vislumbra una relación entre la memoria y la nostalgia, entre el dolor y la carne, entre los dos ámbitos en que la mirada de López Velarde se posó: la mujer y el lugar donde conoció los primeros atisbos de ese absoluto amor profundo, por tanto, *locus amoenus* en el que conviven todos los hilos de la poesía lopezvelardiana.

En el ambiente de provincia que empapa la pluma de López Velarde se han equivocado muchos al leer en él a un poeta que “ha sido más admirado que leído, y más leído que estudiado”, como escribió Villaurrutia, y que penosamente pareciera ser la constante incluso hoy en nuestros días. Al respecto, Luis Noyola Vázquez apunta que:

Ramón López Velarde no quiso ser un simple glosador lírico de la provincia [...] no era el terruño un simple motivo convencional [...]. El adentramiento de la provincia en López Velarde, y no el fenómeno contra-

rio, la sumersión del poeta en el ambiente provincial, es lo que diferencia su poesía de las demás [...] por la calidez de su ternura y la novedad de las palabras.<sup>8</sup>

Estas líneas de uno de los autores más asiduos a la obra de López Velarde apuntan a uno de los temas centrales de la crítica de su obra. De la apreciación exacta que hace Octavio Paz de los opinantes de la obra del vate de Jerez —“los provincianos son la mayoría de sus críticos”— se desprende que la provincia es tan sólo un elemento, fundamental, sí, en su obra, pero que al mismo tiempo serpentea entre las corrientes de su época. Del gusto por Baudelaire a la lectura de Reissig y de Andrés González Blanco, la poesía y la prosa de López Velarde no estuvo exenta de un crítico rigor que lo hizo pensar su estadio en la literatura de su tiempo. En un texto sobre la poesía de Fernández Ledesma, López Velarde acota sus pensamientos sobre la producción artística de su momento, habla de la médula graciosa del país y la exposición de lo mexicano, lo auténtico y lo criollo. Junto a Fernández Ledesma, Manuel M. Ponce y Saturnino Herrán son objeto, también, de estas apreciaciones que demuestran que la obra del de Jerez es completamente ajena a la ingenuidad.

Así, al hacer, por ejemplo, el “rústico elogio” de la “dama más sugestiva de la Capital”, López Velarde apuntala la noción de ver a la provincia jerezana y a la mujer —o a su fantasmal idealización— como habitantes necesarios de su lírica. “Yo nunca la he mirado vestida de negro, por más que lo he deseado. Imaginarla de luto en lo raso de una llamada, entre maíz o entre paja, bajo el resplandor metálico de la tarde, vale tanto como imaginar mi propia tristeza en medio de caricias sensuales”.<sup>9</sup> Y junto

a él mismo, estos elementos se complementan para conformar una tríada divina.

López Velarde, quien se autonombró un “sacristán fallido”, dota a la mujer vestida de negro, la enlutada, de un aura que se percibe si se encuentra rodeada del campo y la provincia; a su vez, la provincia se ve caracterizada por sus mujeres que guardan rasgos que sólo podrían tener ahí, en su lugar natal, por ser éste una

tierra en donde la sensualidad de su escenario contrasta con el rigor de los oficios religiosos. Al final, el poeta es quien nombra estos elementos para conformar su posición ante el mundo: el amor es llaga y salvación; Jerez es la tierra donde conoció el primer —y por ello ideal— amor, y la iglesia representa la zozobra de nombrar desde la orilla: de la ascunción divina a la caída luciferina.

## Notas

- <sup>1</sup> Enrique Fernández Ledesma, *Con la sed en los labios*. México, 1919.
- <sup>2</sup> X. Villaurrutia, "Ramón López Velarde", en *Obras*, México, FCE, 1975, p. 95.
- <sup>3</sup> Ramón López Velarde, "Lo soez", en *El minuterero*. México, Editores del Valle, 1978, p. 89
- <sup>4</sup> X. Villaurrutia, *op. cit.*, p. 94
- <sup>5</sup> *Idem*.
- <sup>6</sup> Vicente Quirarte, "Una mitología llamada Ramón López Velarde", en *Cervantes virtual* [en línea]. <[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/una-mitologia-llamada-ramon-lopez-velarde--0/html/373b602b-bd57-4f97-b514-67e4e138c30d\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/una-mitologia-llamada-ramon-lopez-velarde--0/html/373b602b-bd57-4f97-b514-67e4e138c30d_2.html)>.[Consulta: 14 de abril de 2016]
- <sup>7</sup> X.Villaurrutia, *op. cit.*, p. 91
- <sup>8</sup> Noyola Vázquez, Luis, *Fuentes de Fuensanta*. Guadalajara, Departamento de Bellas Artes del Gobierno del Estado, 1975, p. 38.
- <sup>9</sup> López Velarde, Ramón, "La dama en el campo", en *El Nacional Bisemanal*, 26 de febrero de 1916, p. 15.